

UN LIBRO DE ESTAMPAS

DISCURSO

LEIDO POR

DON JOSÉ FRANCÉS

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

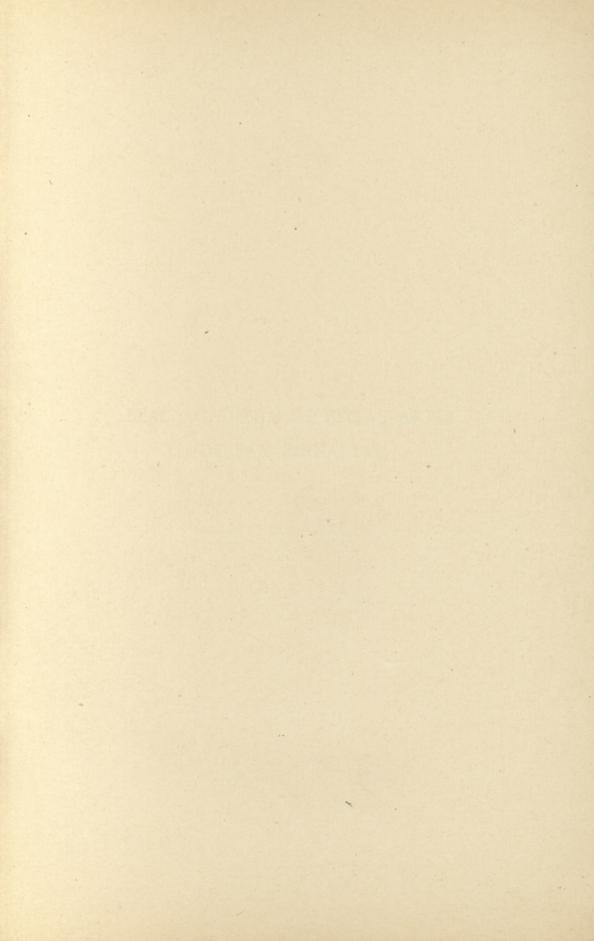
Y CONTESTACIÓN DE

DON MARCELIANO SANTA MARÍA

EL DÍA 4 DE FEBRERO DE 1923



TIPOGRAFÍA YAGÜES
DOCTOR FOURQUET, 4
MADRID



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSOS

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

AMEES

RHAL ACADEMIA DE DELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON JOSÉ FRANCÉS

EL DÍA 4 DE FEBRERO DE 1923



M A D R I D M C M X X I I I

SCHOOL PRICE

OF SEASON FRANKS

基本分别 医基本 医苯酚亚



araakhen

DISCURSO

DE

DON JOSE FRANCÉS

DISCULLA MARKET COLORS CONTROLS CONTROL

con the mode insperative of the analysis control and the analysis control and the analysis and the analysis and the analysis and the analysis colors in the analysis and the analysis anal

And the state of t

SEÑORES ACADÉMICOS:

o la impaciencia, que el honor ya recibido legitima y acucia para el que habrá de ratificarle; no la lógica cortesía que, sin cumplirse oportuna, pudiera cambiar la apariencia de mis sentimientos en una incorrección desdeñosa; no tan sólo el respeto a lo reglamentado, fueron las razones de premura en presentarme ante vosotros en esta solemne ceremonia, donde vuestras benevolencia y tolerancia encubren de compañero al discípulo entusiasta y al admirador humilde.

Aun siendo tan legítima la impaciencia, de tal modo imperativo el deber y de apremiante justicia el respeto a la ley interna que rige vuestros fecundos actos corporativos, obedezco, sobre todo, la voluntad y procuro imitar el ejemplo de la insigne y benemérita figura a quien parezco suceder y a quien nunca sabré sustituir.

El 13 de marzo de 1898, cuando la mansión, de histórico y positivo influjo sobre las artes nobles españolas, reemplazara sus lutos por el violento óbito de Cánovas del Castillo con las galas de fiesta por el ingreso en ella de D. Amós Salvador, la voz autorizada de D. Ángel Avilés dijo en este mismo salón, colmado de ecos gloriosos:

«Muestra gallardísima de ingenio y de amor a esta Casa acaba de darnos el nuevo académico en el profundo discurso que habéis oído con deleite y aplauso. De ingenio, porque no sólo es de todo punto excelente su trabajo, sino por el corto tiempo que en hacerle ha invertido; de amor a la Academia, por esta última razón especialmente.

»Ya 10 ha dicho él: deseaba llamarse cuanto antes nuestro compañero, y a los ocho días de elegido presentó su discurso de ingreso. Permitidme que llame la atención sobre esta circunstancia, por lo mismo que, desgraciadamente, no se repite con frecuencia. ¡Ojalá sirva de estímulo para otros!»

Veinticuatro años después, el 15 de enero de 1922, al dar posesión a su hijo D. Miguel—ante cuyo dolor inclino hoy mi júbilo como un trofeo culminado de crespones, ante cuyo dolor reverencio la memoria inmortal de quien le supo preparar dignamente para el merecido enaltecimiento que hoy disfruta—, fué la voz del propio D. Amós Salvador la que, entre las reliquias pictóricas pretéritas y en medio del atento silencio de los hombres dotados de resonancia estética más allá del recinto que les une para bien de la patria, volvía a exaltar el ímpetu de la gratitud por encima de las sospechas del envanecimiento.

«Yo no me hubiera perdonado nunca—dijo entonces el insigne autor de Sobre la Perspectiva—el no demostrar mi gratitud a las Academias, cuando me han elegido académico, presentando midiscurso de recepción lo antes que me fuese humanamente posible.

Así es que presenté mi discurso de recepción en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales a los quince días de haber sido elegido; el de ésta, a los siete, y el de la de Ciencias Morales y Políticas, a los cinco, en lo cual no creo que nadie me haya superado...

Sean, pues, estas palabras mi disculpa si pequé de precipitado; para ellas vuestro beneplácito si, por atenderlas, cumplí como es debido.

¿Recordáis uno de los más deliciosos cuentos de Heriberto Jorge Wells, el autor de las anticipaciones misteriosas o fulgurantes, de los sueños científicos y las fábulas sencillamente acudidas a la vida, como olas de un mar interior bajo los plenilunios tranquilos? Se titula La puerta en el muro.

Es la historia alucinada, absorta, de un hombre que en la estrechez sórdida del barrio West Kensigton, de Londres, halla a lo largo de intervalos de su existencia una puertecita verde en un muro gris. Aquella puertecita no se le aparece sino en instantes decisivos de la infancia, de la adolescencia, de la juventud, de la madurez. La busca otros momentos sin hallarla. Cuando la logra abrir, entra a un mundo paradisíaco, donde todo tiene rutilancia feérica y una dilatada sensación de paz. Se encuentra a sí mismo y a lo que pudo ser. Se le transfigura el alma, y la serenidad del pensamiento, iluminada de revelaciones puras, le corona y le unge como a un dios.

Como Lionel Wallace, el personaje de La puerta en el muro (pero distanciados felizmente en la finalidad ejemplar el cuento fantástico y el hecho efectivo), he ido a lo largo de mi vida contemplando este edificio de majestuosa tradición, donde, entrañables, la tradicionalidad austera y el moceril impulso agitaban los resortes y esencias de su vital energía.

¡Puerta verde en el solitario barrio londinense, cerrada delante del ensueño perdurable! ¡Amplia puerta de la populosa rúa madrileña, abierta a todos los ávidos de belleza y sabiduría, donde siempre hay muchachos de traza abohemiada, ojos ardientes y actitudes gallardas, y donde, de cuando en cuando, pasa un viejecito trémulo que rindió todo su esfuerzo físico en aras del arte, o la madurez granada, esplendorosa, de los maestros que todavía han de realizar empresas magnas!

Desde sus sótanos a sus buhardas, este caserón vetusto y ungido de belleza tiene sonoridad de colmena, palpitación de taller, armonía sinfónica e himnaria grandeza. El pasado y el porvenir se enlazan con la fértil coyunda del presente. Museo, Academia y Escuela, tiene el ejemplario reposo de los siglos ya hundidos; la actividad reflexiva, experta, de quienes supieron hallar el punto cimero de sus rutas, cuando el caminante imantado de idealismo se detiene y otea el horizonte, y elige el refugio definitivo; y tiene, además, el airón de la juvenilia incensantemente renovada; vocinglería y turbulencia de las pubertades, ya encendidas de luminarias estéticas; greguería de nidal con alas impacientes y cantos débiles aún.

¡Oh! ¡Es realmente de una atracción hermética y franca, augusta y familiar a un tiempo mismo, este enorme corazón de piedra palpitante de recuerdos, de realidades y de esperanzas!

Yo he sentido muchas veces la nostalgia de él. Lo he recorrido con respeto, con ternura y con júbilo. Lienzos y esculturas de ayer, palabras doctas de quienes son su custodia y su prestigio; audacias inéditas, incluso a veces iconoclastas, que contienen acaso la germinación de futuros clasicismos. Todo esto, señores académicos, me era grato hallar de cuando en cuando como un desquite, una lección y un deleite, mientras la vida me empujaba o me arrastraba al otro lado de estos muros venerables.

Y, de pronto, un buen día, el visitante adventicio y ocasional es invitado generosamente a compartir las horas serenas de lo que constituye el corazón de este edificio, crisol y faro.

La melancolía de los trabajos distantes, el fervor de las estadas breves, van a dar para mí en un remanso y en un huerto de laureles.

Pero la ilusión continúa. Porque entre vosotros no seré el que os merece integramente. La devoción que de lejos tuve a vuestras preclaras inteligencias, a vuestras obras elocuentes, y que la amistad con casi todos, fraterna con algunos, no hizo sino acrecer y fundamentar, seguirá sosteniendo entre vosotros y yo la actitud del sediento de enseñanza que entra furtivamente en una sociedad de insignes maestros, para escuchar y agradecer en silencio el pródigo y luminoso verbo.

«Ponedme en una casa muy rica—dijo Séneca, el cordobés estoico—y en ella mucho oro y plata para uso. No me estimaré por estas cosas; porque, aunque están cerca de mí, están fuera de mí.»

Pero también otro maestro del sacrificio y de la renunciación, un creador de exaltaciones íntimas y brumas esplendorosas; todo él puro y sugeridor, Eugenio Carrière, ha dicho de un modo inolvidable:

Que de choses qui se devoilent lorsque nous acceptons d'être une partie des autres, comme une pierre fait partie des rochers.

Si yo no podré considerar que el áureo y argénteo valor de cuanto me invitáis hidalgamente a compartir lo merezco, os debo gratitud profunda, inextinguible, por consentir que me sean reveladas tantas cosas, ahora que llego como la piedrecilla que casualmente se une a este pétreo monumento de sabiduría y de espiritualidad, bien nombrado Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Empieza a verse sin rencor ni prejuicio el siglo xix. El pesi mismo egolátrico, podrido de negaciones, que la generación del 98 vertía en paletadas de sepulturero sobre la fosa común de nuestro desastre colonial, está más lejos, más disipado, más desvanecido que los arrebatos líricos y el romanticismo, en cierto modo suicida, que se pretendía enterrar para siempre.

Y el siglo xix nos muestra ya su rostro verdadero, noblemente indefenso, en la calma augusta de las senectudes que tuvieron ortal ambición y cenital plenitud.

¡Facies viejas de los hombres, facies viejas de los pueblos! Es cuando están aradas por los años, patinadas por la huella sombría de lo pretérito, el instante en que ofrecen la pródiga elocuencia de la cual carecen los rostros juveniles, tan extasiados y petulantes, o las astutas y forzosamente cautas fisonomías de la madurez.

El mocerío vive apasionadamente hacia afuera. Su expresividad afectiva tiene repetida y monótona uniformidad. Las emociones entregadas todavía al impulso torpe del instinto, si son un espectáculo optimista con sus arrebatos generosos, intrépidos y jocundos, adolecen de demasiado iguales para el espectador que anduvo antes el sendero y hace alto en la colina.

Al promediar la edad, en la hora dantiana, cuando los cabellos empiezan a chispear de luna o de nácar en los aladares, cuando en torno suyo el hombre ve crecer sus hijos, siente amortiguarse sus apetitos o sufre los primeros escalofríos del desamparo celibatario; cuando ya la turbulencia nos abandona, como la hembra de placer a quien asustan los hombres pobres de dinero o de alegría, adquieren las facies humanas algo de hermético y de retador a la inquisición ajena. Las pupilas acostumbradas a los retor-

nos y a los reversos, salvaguardan los pensamientos. En los labios más preguntas que respuestas, y ya los asaltos y las derrotas del sentimiento no alteran, como en las indefensas pubescencia y juventud, el color de las facciones.

Fácil y sin interés el estudio del semblante lozano del mocerío; difícil e ingrato el de la faz madura, se hace en cambio amable, de un didactismo cautivador, frente a la vejez.

Los viejos ya viven mansamente hacia dentro. Mortecinos res coldos o encenizada frialdad dicen o callan las pasiones lejanas. Sus miradas significan una despedida, una súplica, una videncia de eternidad. Podemos contemplarles impunemente, porque ellos no nos ven o no les importa vernos.

Únicamente los ciegos logran antes ese desligamiento de la vida externa. Tersas o rugosas, sus facies nos atraen con el enigma desdeñoso de la sonrisa que no sabemos de dónde brota; con el reposo mudo que ignoramos dónde descansa.

¡Imaginad entonces cómo este hermetismo se diviniza al unirse la ceguera y la vejez, para dotar de mayor sosiego facial la fisonomía senil de un pueblo o de un hombre!

Como a un Rey Lear vemos, pues, ahora al siglo xix. Lentamente, filialmente, nos acercamos a él, que ya no le importa oírnos ni vernos. Su existencia agitada, vibrante de evohés enloquecidos y trenos cóncavos, ya no nos sobrecoge de espanto o intimida. No sabríamos juzgarle con aquel rencor irreflexivo de los primeros días de la vigésima centuria; no sabemos aún toda la enorme potencialidad ideológica que le animó en las jornadas rebeldes o plácidas, en los combates y en las treguas pacíficas.

Poco a poco los cortejos fúnebres de los hombres del siglo xix han ido cruzando las calles removidas del nuevo Madrid: artistas, escritores, políticos, hacendistas, cientifistas. Procedían de los episodios y de las hazañas románticas, impulsivas y deslumbradas. Antes de ocupar las cimas, habían peleado, amado y soñado en los tumultuarios valles, las selvas hostiles y las barrancas áridas. Habían alternado el estudio, el cultivo de la inteligencia, con las acometividades revolucionarias.

Hijos de la tragedia y de la quimera, tenían cualidades que es

vano buscar ahora en la frialdad sospechosa y en la ironia vacua de los intelectualismos modernos.

Uno de estos hombres situado en su época era D. Amós Salvador y Rodrigáñez. Nace en Logroño en 1846. Y cuando, setenta y seis años después, la muerte le oprime el corazón y le quita la pluma de la mano, sus ojos se cierran para siempre bajo el mismo cielo natal!

¡Qué gallardo espectáculo el de su vida inquieta, indómita, de vanguardia constante, de ebullición sin sosiego!

Amó las ciencias, las artes, la política y los ocios radiantes de la vida colmada por el entusiasmo. Fué ingeniero, escritor, ministro. ¡Fecundísima trinidad de actividades creadoras! Porque ella suponía transformar lugares, conciencias y leyes. La lealtad abierta de su raza le escandecía las palabras y le desnudaba el pecho. Tenía la sagrada violencia de sus ideales, y, sin placearles, no reservaba el ímpetu de sus juicios.

Inevitablemente se piensa en aquella norma que Emerson señala en su libro El hombre y el mundo a los que desvela el lógico heroísmo: «Sed veraces en todos vuestros actos y felicitaos cuando hayáis hecho algo extraño y extravagante y hayáis roto la monotonía de una edad de decorum. Una vez oí dar a un joven este elevado consejo: Haz siempre lo que tengas miedo de hacer. Un carácter viril no tiene nunca necesidad de excusarse y de hacer apologías de sí mismo, sino que mira sus acciones pasadas con la calma de Focio cuando, reconociendo que el resultado de la batalla era feliz, declaró no arrepentirse, sin embargo, de haber querido disuadir y convencer de que no debía empeñarse el combate.»

Don Amós Salvador era ese veraz de sí mismo, ese impaciente de actos propios y no reflejos, de alma tensa como el arco de un sagitario pleno de orgullosa vitalidad.

Lo mismo desde el despacho de los ministerios—que varias, sucesivas veces regentara limpio de intención y libre de criterio—como en su labor de exégeta y de esteta, D. Amós Salvador ha tenido siempre una predilección especial por las artes y las letras.

Matemático y hacendista de inolvidable eficacia, de extraordinaria clarividencia financiera en los momentos difíciles de la bancarrota nacional, daba a los artistas el espléndido regalo de su admirable tratado Sobre la Perspectiva, que ha resistido y resistirá la competencia de obras similares y posteriores. Espíritu esencialmente, integramente liberal—del liberalismo espontáneo, claro y sincero de otro tiempo—, supo, no obstante, ser uno de los más inquebrantables defensores del arte antiguo, de los cánones clásicos, de las fórmulas eternas, que podrán sufrir pasajeras difuminaciones de transitorias vogas arrivistas, pero que al fin resurgen con solar fulgencia de las neblinas tenues.

Coincide, de un modo que podríamos llamar simbólico, su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con la suprema tragedia española del siglo xix. Diríase que el político acuciado de ensoñaciones dolorosas, que el matemático acostumbrado a los cálculos seguros, busca el refugio de la mansión de las artes como un combatiente que desea restañar sus heridas. Proféticamente sabe que España habrá de salvarse por esa divina energía del pensamiento creador; que es de aquí, de los cenobios modernos de los artistas y de los hombres de ciencia, donde saldrán los nuevos ejércitos de la reconstrucción nacional.

España, resquebrajada, palpitante, se sentía crujir para el definitivo derrumbamiento, y sin embargo, a las venas le acudía una sangre limpia de culpa. Huesos de sus hijos escombran el camino; humaredas de asolamiento e incendio entoldan el cielo. Las manos, crispadas todavía sobre la espada rota, ya inútil, iban a dejarla caer y asirían los aperos de labranza, la pluma del escritor, el martillo del herrero, el plomador y la alcotana del albañil.

Entonces D. Amós Salvador tiene cincuenta y dos años. Su madurez ha cosechado ya en granazones ubérrimas. Están lejanas las embriagueces dionisíacas, pero su plenitud más lejos aún de la vejez. Es el instante en que la obra del estadista y del intelectual van a cristalizar de un modo perdurable.

Y ya el paralelismo artístico y político no se interrumpe. De su experiencia en el mundo parlamentario y legislativo trae a la

Academia ventajas positivas. De su contacto con los artistas lleva a la vida pública frutos de sensible belleza.

Durante un cuarto de siglo la intervención de D. Amós Salvador en nuestra Academia—consentidme por primera vez el orgullo del apelativo—es constante y fructífera. Su mentalidad ágil, su cultura brillante, resaltan en innúmeros informes, en proposiciones de capital importancia; su actividad infatigable acude a los momentáneos desalientos, a las adormecidas energías, a los, por desdicha frecuentes, olvidos del Estado. Logra que el edificio destinado por derecho propio a Academia y Escuela de Bellas Artes se vea libre de un carácter burocrático totalmente distinto a su finalidad estética, recobrando para él los aposentos y salones ocupados por oficinas de la Aduana; utiliza en todo momento su prestigio y su influencia a favor de la gloriosa Institución, que consintieron realizar obras de importancia y necesidad indudables.

Contestó a once discursos de ilustres recipiendarios que llegaban a la Academia con una legítima reputación de inteligencia notoriamente acusadas en sus sendas producciones y puestas de relieve en sus discursos de tan varia como erudita materia.

La primera de estas salutaciones en nombre de la Corporación—donde el señor Salvador y Rodrigáñez denotaba siempre una vastísima cultura en toda suerte de temas — fué el 27 de noviembre de 1898; la de D. José Moreno Carbonero, quien disertó acerca de la Manera como pueden cumplir los artistas el precepto reglamentario que les obliga a escribir un discurso para el acto de su recepción.

Sucedieron cronológicamente las de artistas o amantes peritisimos de las Bellas Artes, como D. Juan Samsó, Escultura religiosa (1899); D. Antonio Muñoz Degrain, La sinceridad en el arte (1899); D. José Cárdenas, Las Bellas Artes en los presupuestos del Estado (1901); Marqués de Alta Villa, La música de canto íntima o de salón (1901); D. Aniceto Marinas, El arte decorativo (1903); D. Francisco Silvela, Cuánto importa cuidar del sentimiento estético de los pueblos; cuáles son los peligros que más de cerca le amenasan y cuáles las tendencias que deben seguir los Gobiernos para evitarlos (1904); D. Cecilio de Roda, La evolución

de la música (1906); D. José Garnelo, El dibujo de memoria (1912); D. Amalio Gimeno, El hallazgo y el descubrimiento arqueológico en la historia del arte (1916), y D. Miguel Salvador Carreras, La orquesta en Madrid el año 1921 (1922).

Dilatada y ferviente aportación a los intereses e ideales de la Academia y que la Academia supo enaltecer y recompensar nombrándole benemérito en sesión de 6 de marzo de 1911; con distinción honrosísima se le destacaba en una Corporación de tal modo integrada por insignes personalidades que no desmienten el bien sestenido orgullo de su leyenda emblemática: Non coronabitur nisi legitimi certaverit...

El presentimiento del tránsito definitivo no menguaba los ánimos del patriota insigne. Tenía ya el rostro sereno y elocuente de la vejez, loada en párrafos anteriores. Como el siglo del que procedía, una serenidad augusta iba dando a sus facciones la paz que autoriza las contemplaciones fervorosas. Tenía un rostro español de caballero del Greco; una brava parla española de pintoresco ímpetu; una lealtad bruscamente española que no retro cedía frente a los disimulos y las falacias ajenas. Dolencias, desengaños, le sacudían como a un tronco cimero y serraniego para arrancarle rumores frondales y de marea a sus ramas, donde siempre había el verdor joyante de un brotecico nuevo...

Y, con el vigor agresivo de un rabadán juvenil, extendía sus ansias patriarcales para la unidad de quienes amaban como él la patria ungida de libertad. Enfermo gravemente, procuró la alianza de los partidos, dispersos pero de homogéneas doctrinas, y en los días áureos de un otoño que ya no vería palidecer de invernizos nácares escribía unas cartas encendidas, palpitantes, a un político catalán, para evitar la desmembración de España.

¿Comprendéis ahora, señores académicos, mi justo temor a zozobrar en la estela pujante, en las olas agitadas por su marcha hacia las riberas desconocidas, de este grandioso navío que inútilmente pretenderá seguir mi barca, frágil y exigua, enamorada de los espejismos flotantes?

Suele reprocharse a la crítica moderna su propósito de creación frente a la obra que comenta; la capacidad de sentir emociones traducibles en un lenguaje bello, cuando se encuentra la belleza expresiva de un cuadro, de una estatua o de una sinfonía. Se niega el derecho, por ciertas gentes, al crítico, de que un retrato o un paisaje pintados sugieran aquella fraterna simpatía o la exaltación sentimental que un amigo dilecto o el encanto de la luz sobre la libre Naturaleza. Se considera que el crítico ha de emplear únicamente el objetivismo del profesor erudito, la mecánica fraseología del técnico, y acercarse al arte ajeno con la lupa del entomólogo, el bisturí del cirujano o la llave del afinador.

Cuando más, se le quisiera consentir solamente que fuese el adocenado intérprete de los aspectos externos de toda representación verbal, plástica, musical o cromática, ofrecida al público indocto. Y desde luego, de un modo secundario, con límites de domesticidad, algo a la manera del voceador de barraca ferial, del dependiente que alaba géneros y explica las razones de su calidad y enseña a manejar los objetos con palabras aprendidas en los boletines de propaganda.

Se intenta pretender la suposición de que autoriza más el conocimiento rudimentario de cuanto hay de oficio en cualesquiera de las bellas artes, que no la sensibilidad literaria para ejercer la crítica.

¡Pobre y triste error, del que todo verdadero artista se ve libro y que sólo es imputable a los que van realizando sus obras sin ternura, sin inquietud espiritual, sin la divina aspiración de exaltar la vida y los sentimientos cotidianos!

Nunca seremos lo bastante apasionados de la belleza cuando de la creación artística se trata. Nunca son tan gratos los apóstrofes y los reproches a un crítico que al acusarle de hacer literatura, como un homenaje de identidad intelectual al pintor que supo pintar, y al escultor modelar, y al arquitecto esculpir.

«Hasta el que la rechaza—dice Mæterlinck—da un paso, a pesar suyo, hacia su propia belleza. No hay belleza que se pierda. No debe asustar el sembrarla por los caminos. Allí permanecerá

durante semanas, durante años; pero no se disuelve, como no se disuelve el diamante, y alguien acabará por pasar que la verá brillar, que la recogerá y se marchará contento.

»¿Por qué, pues, detener en vosotros mismos una palabra bella y elevada porque creéis que los demás no os comprenderán? ¿Por que, pues, dificultar un instante de bondad superior que nacía porque pensáis que los que os rodean no se aprovecharán de ella? ¿Es que un sentimiento profundo pierde su acción en las tinieblas? ¿Es que un ciego no tiene más medio que los ojos para discernir a los que le quieren de los que no le quieren? ¿Es que la belleza necesita ser comprendida para existir, y creéis que en todo hombre no hay algo que comprenda mucho más allá de lo que parece comprender y mucho más allá de lo que cree comprender?»

«Ni aun a los más miserables—me decía en cierta ocasión el ser más elevado que he tenido la dicha de encontrar—, ni aun a los más miserables he tenido nunca el valor de responder una cosa fea o mediocre.»

Modestamente, tensionando, esforzando mis facultades pequeñas de escritor, yo he procurado siempre aspirar a la perfección literaria que me ha sido consentida. Compuse las glosas al arte coetáneo con el mismo fervor e igual amplitud emocional que las ficciones novelescas o simplemente narrativas. Como una refracción, como una reciprocidad de sugestiones, la crítica iba así paralela de la producción puramente literaria.

¿Acaso un libro no puede significar lo que una estatua o un cuadro? Elijamos, por ejemplo, la novela, por como parece abarcar las características, ajenas a primera vista, de las otras producciones estéticas.

El novelista concibe, plantea y distribuye sus obras como las suyas el arquitecto, a quien en la Edad Media se llamaba maestro de las piedras vivas. La novela ha de tener la solidez, el equilibrio, la armonía, la disposición proporcional y la capacidad de un edificio donde seres humanos habrán de vivir o simplemente reunirse, como en las casas, los templos, los museos o los hospitales.

La novela contiene paisajes, interiores, episodios históricos, escenas de amor, con el color, la agrupación de personajes, la

expresión de sentimientos que la pintura trasmite por medio de las líneas y las gamas. Como un pintor o como un escultor, el novelista va retratando seres cuya psicología se advierte en sus rasgos y ademanes, y que en pasajes determinados adquieren actitudes que la plástica recoge como formales símbolos de las pasiones humanas. Finalmente, el novelista procura que su prosa tenga cadencias musicales, ritmos cariciosos al oído, modulaciones de una íntima dulzura o rotundas sonoridades donde se evoque, como en una obra sinfónica, la voz de los vientos, de las aguas, de las fuerzas temibles y propicias de la Naturaleza.

Existe, indudablemente, una fusión, una identidad de las cinco artes, que consiente la simultaneidad; que responde a las mismas raíces espirituales e intelectivas.

Camille Mauclair, el crítico y novelista francés a quien tanto deben las artes contemporáneas, dice a este propósito:

«Si le es imposible al hombre la ubicuidad material, le es permitida en cambio la ubicuidad de pensamiento. Colocado en esa altura, puede contemplar fácilmente las diversas artes como signos equivalentes. No se detiene ante la pueril idea que señala separaciones en el universo, divisiones en el ritmo de las cosas, distinciones entre la causa y los efectos, entre lo material y lo inmaterial. Está penetrado de la continuidad absoluta de todo lo que vive, y ve identidades entre todos los signos, identidades que a flor de mirada le pasaron inadvertidas.»

La multiplicidad de estos signos constituye la total armonía de la estética. Sean letras, números, notas o líneas, responden a la noble ansia del hombre por inmortalizar lo que su alma siente o sus pupilas ven. Aislados, son medios de expresión que aguardan el impulso creador del artista.

«El artista – según William Ritter—, antes de ser el que sabe decir, debería ser el que tiene algo que decir. Nunca habla mejor la boca que cuando hay abundancia en el corazón. Si necesito expresar lo que hay en mí de júbilo, de pena y de amor, mi grito irá instintivamente al modo de expresión en que se satisface más plenamente revelándose; y más completo será el arte cuanto el grito sea la exteriorización completa y decisiva de mi sentimiento.

En cuanto a lo demás, problema de luz, de color, de instrumentación o de estilo, ya es otra cuestión que pertenece al dominio del juego, del artificio...»

Buscan estas palabras mías, protegidas por opiniones excelsas, vuestra acogida comprensiva, señores académicos. Sabéis que, además de la fusión de las imágenes y sensaciones intercambiables, de los diversos conceptos plásticos o intelectuales del pensamiento y de la sensibilidad; que de esa frecuente costumbre de adjetivar con cualidades de una bella arte otra distinta—«color en una melodía», «motivos sinfónicos en un lienzo», «elocuencia en un mármol clásico», «luminosidad en un párrafo»—; hay algo que magnifica y acrisola la interpretación técnica y peculiar de cada una: el deseo fecundo de transmitir nuestra inquietud anímica.

Y si la Literatura procura hermanarse a la Pintura, a la Escultura, la Arquitectura y la Música, para la más cabal expresividad propia y exacta emoción ajena, corresponden estas artes a la Literatura y a ellas mismas entre sí, en la amplia ambición de recordar rostros heroicos, copiar estados de alma, sugerir temas filosóficos, consolar amarguras y producir deleites.

Es así, dentro de mi arte literario, como quisiera cumplir el grato empeño de este discurso. Evocar la estatua, monumento de la arquitectura humana, no en la inútil e irrespetuosa competencia con vosotros, maestros profesionales de la escultura y maestros de la erudición histórica, sino buscando en vuestro espíritu esa dulce y adormecida ingenuidad infantil que todo artista conserva por fortuna y aristocracia suya.

Era en su infancia donde Viollet le Duc pensaba para hallar la primera sensación de los vitrales policromos engastados en la piedra de las basílicas, que tantas hermosas páginas habían de sugerirle.

«Un día—recuerda el gran arquitecto francés en esta anécdota, donde también hallamos referencia a la fusión de las artes—, el viejo criado que me llevaba a paseo todas las tardes me hizo entrar en la iglesia de Notre Dame. Como había mucha gente, me levantó

en sus brazos. La catedral estaba cubierta de colgaduras negras, y mis miradas se fijaron en seguida en el rosetón meridional a través del que veía pasar los rayos del sol, coloreados de matices resplandecientes. Aun me parece estar en el sitio en que hubimos de quedarnos detenidos por la multitud. De pronto, los órganos empezaron a sonar; pero yo creí que era la rosa que tenía ante mis ojos la que cantaba. Inútilmente el criado intentaba disuadirme de esta idea. Bajo esta impresión, cada vez más profunda y más viva – porque en mi imaginación llegaba a suponer que tales trozos de vitral sonaban graves y otros agudos—, me causó tan delicioso terror, que hubo mi viejo acompañante de sacarme del templo, asustado a su vez de mi exaltada fiebre.»

Aquella candorosa atención del niño que oía cantar los colores desearía para este libro de estampas que vamos a hojear juntos, señores y maestros.

En su cubierta está la estrofa de Gautier:

Tout passe; l'art robuste seul a l'éternité. Le buste survit à la cité.

Suavemente, como en un retorno a los días remotos en que todas las maravillas se creían posibles; saltando a veces varias hojas con la impaciencia que entonces nos hacía huir del método y del estudio escrupuloso, pasemos la mano y la imaginación a través de estas evocaciones de imágenes pretéritas, tratadas con el tosco y lírico cromatismo de un estampista de Epinal, de un juglar de romances para las gentes sencillas, a la mayor gloria del Arte inaccesible...

LA ESTAMPA OCRE

Abandona este hombre taciturno, del habla monosilábica y gutural, su caverna.

Comienza el día de otoño benigno, afable en la soledad poblada de rumores y olores feroces. Las bestias nocturnas retroceden más allá de los límites visibles y olfateables. Aves aisladas puntean y rasgan el ópalo, cada vez más rosado, de la comba cerúlea.

El hombre, apoyado en el asta de reno que es su bastón de mando, huele las emanaciones circundantes. Interroga así los peligros posibles; la caza, cada vez más desconfiada. Y la delicia del aire ortal le desnuda los colmillos en una sonrisa complaciente.

Es grato respirar la luz fresca, aun húmeda, después del abrigaño áspero, cálidamente penumbral, que acaba de abandonar.

Dentro de los estrechos carrejos pétreos, donde centurias anteriores lucharon el otro hombre inconsciente y sin palabra con el oso gris y la hiena astuta; en los circulares refugios rupestres, nauseabundos a cubil, crujidores de huesos que cubren el suelo, las hembras amamantan los hijos, cuidan el fuego o disuelven en la grasa animal los polvos de carbón y hematites que servirán para ir decorando los muros con las formas ovoidales de los bisontes, las ágiles de los ciervos, las esquemáticas de los antropoides, aspados en su actitud cinegética, o las venus monstruosamente impúdicas.

El hombre que en la mañana de otoño olfatea el aire diáfano, ignora la existencia de sus antepasados; no supone otro espectáculo terrenal que el que sus ojos descubrieron en la alborada de su inteligencia. Vagas, confusas nociones tiene de los días en que la mujer era un enemigo más, la amazona a la que era ácremente dulce dominar cuando el instinto sensual despierta.

Lentamente el hombre siente surgir los rudimentarios deseos de la contemplación. No tiene hambre todavía; se sienta en el suelo y sonríe a la esquemática testa de ciervo que su bastón reproduce. La luz va creciendo y afinándose en torno de él. Sus miradas van girando en una sorpresa de revelación. Asocia ideas y recuerdos. Ese árbol seco, encorvado sobre la tierra, semeja el viejo de la tribu, el anciano que ya no habla, pero que contaba diez años antes su infancia a la sombra palpitante de un mamut. Aquel matorral que sigue la ondulante línea de la colina, ¿no es como un tropel de ciervos en fuga? Nubes tardas, ampulosas, evo-

can formas de las bestias temibles, que en rebaño acuden los atardeceres hacia los lagos tranquilos. Y acaso por primera vez el pensamiento humano se fija en que los montes remotos son pechos núbiles de mujer; los senos que todavía la maternidad rudimentaria no hizo asemejarse a ciertos frutos pendientes de los árboles.

El hombre frunce el ceño. Tiene la expresión dura del cazador. Pero en el misterio amplio, dilatado, de los bosques y las cañadas, pueden descansar los animales que codicia para el sustento. El hombre caza esta vez hacia dentro, en el enigma alboreal de su alma. Torna a mirar el tallado tosco del bastón; recuerda ciertas hendiduras y salientes de algunas piedras halladas a lo largo de las cacerías. Cerca de él hay un arroyuelo medio encenagado, y revolviendo en su parca corriente, ve cómo se le enfangan los pies. Ya tiene el barro entre las manos, y empieza a modelar, torpemente, una forma de cuadrúpedo sin caracteres definidos.

Y, absorto, el hombre milenario sonrie a su descubrimiento. Y su creación le colma de un bienestar de glotonería.

LA ESTAMPA NEGRA

Noche de estío en el poblado africano. La Naturaleza rezuma una savia ardiente. El suelo está resquebrajado de las calcinaciones interiores y de las lumbradas flamígeras del sol sin piedad.

Van y vienen las monótonas llamadas y respuestas del tamtam. Insectos metálicos punzan las tinieblas rojizas. En la tibieza pegajosa de las plantas bullen reptiles de ojos ardientes. Sobre estacas se pudren cabezas humanas, que los buitres van mondando de carne, sonando sus picos contra los huesos del cráneo. Los búfalos pesados, los antílopes esbeltos, atraviesan arenales cáli dos con el adorno vocinglero e inquieto de los pájaros que picotean moscas sobre su piel.

Un negro, bajo la luna congestionada, va concretando en un pedazo de madera su alma, agitada de terrores litúrgicos. El fetiche tiene rigideces geométricas, reminiscencias naturalistas; es obsceno y grotesco. Será después, ya concluído, la imagen de la

idolatría sanguinaria y del ímpetu grosero. El negro lo pintará del color de su piel; lo tatuará de rojo, de azul, de amarillo, como su piel; le hará el semblante brutal, como sus máscaras de combate; se complacerá en que sugiera ideas salaces. Le sacrificará corderos de sus rebaños, y cabezas de sus enemigos, y virginidades de su tribu. Procurará aplacarle embriagándose con alcohol y de danzas bélicas o lúbricas...

Frente a la figura bárbara, el negro satisface su espanto de las fuerzas desconocidas y enigmáticas, en la ansiedad de tornar propicios los astros rutilantes adonde no llegará nunca. Para él no existe otra supremacía sino la del vencedor; no hay grandeza comparable a la del guerrero que levanta su escudo y sus gritos sobre los cuerpos agonizantes, los chozos incendiados y las cabezas recién cercenadas.

Saltos y chillidos de monos van de unos árboles a otros, entre las lianas, como gavieros ágiles entre los cordajes de los altos mástiles. La selva es un hervor denso de perfumes penetrantes, donde hálitos de cadaverina y de putrefacción no logran vencer del todo a la sensual molicie de los frutos y de las flores. Más allá—voz pendular de la noche—el tam-tam se pregunta y responde. Hay aullidos de canes que parecen lamentos de hombres. Y el escultor negro sigue creando el negro fetiche, con su negra conciencia, para las negras supersticiones de mañana...

LA ESTAMPA AZUL

Claridad mediterránea de las comarcas amablemente paganas. Azul todo: el mar, los cielos, las sombras de los palacios blancos, de las estatuas blancas, de las blancas vestiduras, de las palomas y las gaviotas, que buscan nidal en metopas y reposo en los velámenes.

La alegría de vivir se espande por las vías amplias de las ciudades, por las campiñas ubérrimas, sembradas de viñedos y de olivares; trepa a las acrópolis sacras, y mueve una dulce música en las copas de los pinos, que el viento del sur encorva hacia las ondas glaucas sobre la arena rubia.

Se endiosa el hombre a sí mismo, y crea el Olimpo, poblándole de sus formas y de sus pasiones. No se niegan las mujeres a desnudarse para sostener los prestigios mitológicos. Bajo los peplos, cuerpos de Dianas, de Venus, de Junos, de Minervas, de Cibeles, inspiran a los poetas y a los artistas. Los mancebos procuran que su rostro y sus ademanes respondan a los Apolos, los Mercurios y los Dionisios. Los anciaros cuidan sus testas para la nobleza y la serenidad; adoptan actitudes eurítmicas. Cólmanse de juvenilias sanas los estadios y los gimnasios. El culto a la forma humana en su plenaria desnudez adquiere entonces la más pura y más armoniosa belleza. Se evita la deformidad como un delito; se exaltan los sentimientos que no alteran el equilibrio facial, y se lleva a las tumbas la gracia amable de las tanagranas, loadas por Corina, la vencedora de Pindaro, «la de los dulces cánticos», discípula de Mirtis.

Simultáneas de los mármoles donde los dioses resplandecen de física perfección, al mismo tiempo que los templos y las plazas y los jardines y los senados se llenaban de gallardos Apolos, majestuosos Joves, jocundos Bacos, Hermes ambiguos y júnicos o venustos desnudos femeninos, los coroplastas creaban sus estatuillas familiares, los barros policromos de Mirina y de Tanagra.

Rara vez el tanagrense reproduce desnuda la mujer coetánea y coterránea de su Beocia flameante. Modelaban, en cambio, las flexibles vestiduras y la graciosa ondulación femenil. Y siempre en momentos familiares, íntimos, de inapreciable elocuencia para el estudio de costumbres. Unas muchachas que juegan a las tabas o cogiendo flores. Aquí insinúa una los primeros pasos de una danza; allí otra pulsa una lira. Dos amigas giran cogidas de las manos, mientras otras dos las contemplan en una actitud serena y reposada, envueltas en el hermetismo de sus amplias vestiduras; no muy lejos, otra muchacha lleva sobre sus espaldas a la amiga íntima, cumpliendo la cándida penitencia del Askotilé. Y, por entre estos grupos o esas figuras aisladas, cruza, de cuando en cuando, sonriendo bajo el sombrero de paja amarillo y agitando su abanico en forma de hoja de loto, la cortesana, con el himatión rosa y en él una banda amarilla, negra o púrpura.

Es curioso considerar que las estatuillas tanagranas, evocadoras de momentos felices, sugeridoras de eróticas contemplaciones, respondieran a un propósito funerario, puesto que eran encerradas en las tumbas como una compañía amable y sonriente para el difunto a lo largo de las rutas misteriosas y ultraterrenas.

Significan, en efecto, la consecuencia artística de aquellos toscos *Ushebtis respondientes* egipcios que afectaban la forma de amortajadas momias con las manos cruzadas sobre el pecho y sosteniendo instrumentos agrícolas; de aquellos otros asirios que conjuraban el maleficio de los seres aéreos y subterráneos colgados del dintel de las puertas o debajo del umbral. Prolongan, además, la supervivencia de los antiguos sacrificios de las mujeres y esclavas, que habían de morir y ser enterradas con su esposo y dueño. Culminan, por último, en ellas los procedimientos técnicos a través de las evoluciones fenicias, ibéricas y helénicas.

Felicidad de placeres saboreados en la vida se otorga entonces a los dioses; prolongación de los instantes amables, claros y cariciosos en el reposo incógnito de los muertos.

¡Cuán hondos de tiempo los fetiches africanos, las sanguinarias concepciones de los geométricos ídolos donde la lubricidad, la crueldad y el horror colaboran! El alma de los hombres está ungida de eternal primavera en medio de la floración blanca de la escultura y de la arquitectura, frente a los dos espejos dulcemente movibles donde Urania se contempla su tocado de astros y Afrodita sus encajes de espumas.

LA ESTAMPA ÁUREA

Un silencio dilatado, cóncavo, de campana invertida, donde se vertiera la calma de un mundo desierto, aplana el recoleto misticismo monacal. Al otro lado de los muros, atravesando un bosque, subiendo un cerro, vadeando un río, cruzando un valle, empiezan los caseríos y las aldeas. Las villas, las ciudades, están aún más lejos. La existencia fácil y venturosa de los palacios y de las

fiestas, la cólera homicida de las batallas, la ansiedad giróvaga de los trotamundos, se ha olvidado por completo.

Es una mañana pálida de noviembre. Recluídos en sus celdas, los frailes oran o trabajan. Por el claustro pasa el frío como un pecador precito. Sobre el jardín yerto alzan la trabazón quebradiza y aterida de sus ramas los arbustos. Se ha congelado el agua de la fuentecilla, canora cuando los vésperos estivos...

¿Qué hace este fraile lívido, flaco dentro de sus hábitos pardos? Esculpe oraciones católicas con su gubia certera; las magnifica con sus paneles de oro.

La Virgen María empieza a sonreír. En su regazo, el niño redentor tiene esa ingenua ternura que sólo comprenden los espíritus muy sencillos o muy complicados.

Todo pardo. Pardos hábitos, pardos muros, pardo cielo, pardo pan, parda tierra aletargada bajo la melancolía inverniza. Y, sin embargo, icómo está de rutilante el pensamiento de este monje solitario!

Subsiste la idea de divinizar la forma humana, de crear seres paradisíacos a imagen y semejanza de las pobres envolturas carnales. Pero no es ya con un pagano y sensual deleite; menos todavía con la fiereza y crueldad del grosero instinto criminal.

No. El idealismo ha iluminado para siempre la mente de los hombres y ha dado a su corazón impulsos de bondad, de sacrificio y de renunciamiento.

El monje pardo de la parda vida imagina que el cielo ha de ser la compensación de tanta miseria oscura, de tanto silencio frío y este ayuno escalofriado bajo las débiles vestiduras. Imagina también que el tumulto terrenal, las cabriolas y las convulsiones, el correr detrás de los placeres y de la fortuna, concluirá en un reposo infinito, en una paz solemne y meditativa. No el reposo horizontal de la muerte, que cae y cierra los ojos; sino el sosiego elevado, de la contemplación de cuanto ya abandonamos y de cuanto nos redimimos.

Así, la estatua mariana, que el monje va creando como un psalmo, tiene la línea vertical, el ritmo ajeno a la morbidez, y habrá

de ser, ya concluída, como un imán de los humildes, los harapientos y los miserables.

«No tendréis—piensa el monje—el oro en las vajillas, en los joyeles y en los arcones; pero lo hallaréis aquí, en esta corona virgínea y este mundo pequeño que las manitas de Jesús contienen. No tendréis el rojo de los vinos, y de la sangre fuerte, y de los terciopelos regios; pero lo encontraréis en esta túnica que cubre el cuerpo sagrado de María. No poseeréis el verdor de los prados ni de las esmeraldas, y tampoco el blancor del armiño y de los alabastros que acarician el rostro de los magnates y le sirven de escalinata para entrar a su palacio. ¡No importa! Todo ello está aquí, con un valor supremo de promesa, granada ya de certidumbre.»

Y mientras trabaja, este fraile oscuro prepara desde las yertas horas de un monasterio medieval su obra de fe y de amor; este anónimo fraile siente sus entrañas roídas por la debilidad, nublados de lágrimas sus ojos, ardiente su cerebro; pero la mano segura, piadosa, va estofando, policromando la imagen salida de uno de los árboles del jardín claustral: aquel bendecido tantas veces por el sol y adonde acuden los días vernales los pajarillos amados fraternalmente por el beato San Francisco.

LA ESTAMPA GRIS

Un viajero se ha perdido en la ciudad recién revelada a su codicia de horizontes y sensaciones. Quiere librarse de un sitio y cae en otro igual. Reminiscencias de su patria lontana le acuden de vez en cuando. Las ciudades de cada época se parecen entre sí. Las calles dan en remansos de plazoletas semejantes; las fábricas y los desmontes sembrados de detritus cercan todos los suburbios. Los templos parodian con iguales modelos las arquitecturas clásicas. Los monumentos...

¡Oh! Esto sobre todo. El viajero halla por todas partes los hombres grises, la inmortalidad broncínea, fragmentada en estatuas que visten levita o uniforme, que montan caballos piafantes o adelantan el brazo en un ademán oratorio. La humanidad que reprodujera los ídolos de su estómago, de su cólera y de su sensualismo; la humanidad que se redimió en la exaltación cristiana, ahora ya glorifica sus episodios transitorios, y no vacila en colocar sobre plintos y pedestales, su triste y monótona indumentaria, la silueta sin belleza plástica de sus contemporáneos.

Pero el viajero agradece esta relevación de las virtudes cívicas y militares que los pueblos modernos hacen sin cuidarse de si era bello el sabio, gallardo el héroe y gentil el político. Comprende que los hombres de bronce tuvieron en los años mortales una ejemplaridad que es preciso recordar. Y poco a poco el viajero, a lo largo de los monumentos, va conociendo la ciudad ignorada. Nombres inéditos para él, nombres que le eran ya familiares por la admiración, encuentra en las lápidas y en los relieves de los monumentos.

Por la noche, al reintegrarse a su posada, el viajero responderá cuando le pregunten si conoce las arterias de la ciudad:

-No. Conozco su intelecto y su energía, que es más noble conocimiento...

LA ESTAMPA BLANCA

Hemos llegado a la última página. Nada hay en ella. Como las figuras del maestro Bartolomé en el *Monumento a los muertos*, nuestra curiosidad se detiene ante una superficie lisa, donde nada vemos.

Pero aguardad... Fijemos la atención. Sí. La página empieza a animarse: Surgen masas, líneas, una confusión caótica que no sabemos bien lo que ha de revelarnos.

¡Ay! Es el porvenir. La vida violenta, antiestética, amoral, del porvenir. El arte ha desaparecido de ella. Los edificios taladran las nubes, las aeronaves las rasgan, las chimeneas las envilecen con sus humaredas. Tierra, mar y cielo están utilitariamente usurpados por los hombres de presa y de acción. Los museos ya no existen. Casas de banca, de danza, de infiernos artificiales, alma-

cenes del rencor societario, les sustituyen. Las reliquias arquitectónicas de otros siglos o se han derribado o se emplean para lon jas, cuarteles y garajes.

El último artista huye de las ciudades tentaculares, de las inarmonías que constituirán el acento de la vida futura. Monstruos eléctricos le roban la luz del sol, la amplitud del espacio, la segu ridad del suelo.

Ha de recorrer durante muchos días, muchas semanas, durante meses, las campiñas calenturientas y prostituídas por la rapacidad furiosa de las gentes, marchitas por el carbón de las locomotoras, parceladas para los aerodromos.

El último artista arrastra con su espanto a la compañera elegida, que no le comprende, pero que le ama.

Al fin alcanza el lugar ingente y vacío de ultracivilización, donde la Naturaleza conserva su arcajco encanto.

Largo tiempo ha de transcurrir antes de que el último artista prepare la arcilla y haga cantar el cincel sobre la piedra. El último artista es como el primer hombre, y ha de buscar la rocosa guarida, el silvestre alimento, la piel que cubra su desnudez...

Pero, al fin, una mañana estival, el artista, frente a la amada desnuda, resucita a Venus. Una tarde de otoño, frente a la esposa que amamanta al hijo, ofrenda a la Virgen Maria.

Se recobran los temas de la escultura, eternos para el hombre: el desnudo pagano y la imagen cristiana. El culto a la humana forma y el idealismo religioso. ¡La Humanidad y la Divinidad, inagotables, invencibles motivos de la belleza plástica!

DISCURSO

DE

DON MARCELIANO SANTA MARÍA

DINGUES OF MANA

SEÑORES ACADEMICOS:

n estas solemnes ceremonias, fiestas públicas de exaltación y de cultura, se mueve nuestro espíritu al natural estímulo de la Academia.

super university of the first temporal properties and alternative and alternative states.

the dielection of the contract of the test of the test of the

invications, balled the sign of the sign o

Importa mucho el prestigio corporativo, y, propicio a esta influencia, quisiera llegar a la cima del cumplimiento. Pero temo que, a pesar del buen deseo, será corta la cosecha si me fío en lo que yo pueda espigar en campo de cultor avezado a las lides literarias. Ir en ruta paralela a un profesional consagrado, supone audacia y aturde el ánimo; es empeño en el que zozobra la voluntad. Por tanto, señores académicos, necesito vuestro apoyo, y así, firme mi voz al servicio del deber, evitará menoscabo a legítimos merecimientos.

Siento placer gratísimo al manifestar en este supremo instante el afecto que profeso al nuevo compañero. Lealtad sincera nacida al calor de las excelencias de su alma, especie germinativa reveladora de sus bondades. Porque José Francés es bueno ante todo. La diaria intimidad así me lo demostró en aquellas andanzas por la tierra llana, por aquella Castilla amada donde contemplábamos prodigios artísticos de los pasados siglos: las pardas construcciones medioevales, los sagrados tesoros de las basílicas. Otras veces nuestras miradas se cruzaron mudas ante la fertilidad de un valle o sobre el raso esplendor del paisaje de oro. Peregrinos fuimos de entendimiento en regiones de misterio y poe-

sía, y así, latiendo al unísono nuestros corazones, nos quisimos como hermanos. Que no otra cosa somos en el tenaz empeño de vivir para el arte.

Al extinguirse una vida ilustre, al desaparecer los hombres intelectuales, soldados del trabajo que vencieron el anónimo con el fuego de su virtud, viene la consideración y recuento de sus acciones sobre la tierra. Unos lucharon por el bien espiritual de sus semejantes; otros, por la cultura y progreso de los pueblos. Unos son santos; otros, sabios; ambos, bienhechores de la humanidad. Aspiración sagrada para todos los mortales.

Y yo, respondiéndome a mí mismo, ante el dilema de ser sabio o santo, elegiría lo segundo por el placer inefable que supone practicar el bien. Este es mi supremo ideal; por ello admiro a los hombres buenos, a esos que, llenos de abnegación, se sacrifican por el prójimo y sus acciones les acercan a Dios.

Es valor positivo en el hombre pedir indulgencia y saber perdonar, y lejos de deprimir a quien así procede, afianza y eleva su condición de racional.

Mérito poco frecuente por desgracia, alojado sólo en almas privilegiadas.

Este es el plan del nuevo compañero. Durante su vida literaria cultivó la crítica de arte en sentido rectilíneo; abatió gestos insanos o fomentó gallardías. Y si Francés, bien con su nombre o con el seudónimo de Silvio Lago, fustigó tendencias perniciosas, fué con la mirada en un ideal: el bien para el arte, mejorando las facultades de los hombres. Misión de sacrificio digna de recompensa.

El nuevo académico, generoso para los que haya podido herir con sus escritos, olvida y perdona aquellas pasajeras hostilidades que suelen crecer parasitarias en el camino de los que luchan noblemente. Hoy se unge en esta casa; se nos presenta en la sala con la grandeza luminosa del título ofrendado que acepta y recibe honrando con ello el acto.

Aquí, donde tiene cabida todo sano ideal, viene Francés en época evolutiva para su espíritu; siente ya las excelencias académicas, y seguramente remozará nuestra vida con aportaciones

de juvenil lozanía. Su pluma ágil mantendrá viva la aureola resplandeciente de la Corporación.

Este Centro, propicio siempre al amparo de toda tendencia generosa, libre y sin traba, abre las puertas de su casa al crítico purista, al batallador acérrimo, al novelador eminente; porque ante todo somos justos, y el trabajo de José Francés supone labor meritoria que nosotros somos los primeros en reconocer. Y yo, el más modesto de todos los compañeros, en nombre de esta Real Academia, abro los brazos al neófito, diciéndole con singular afecto: ¡Bien venido sea a esta Casa el apóstol, el misionero de las artes!

Algunos, poco informados, creen necesario para ser académico cultivar las máximas clásicas, los métodos arcaicos, con preferencia a toda suerte de ideas, propalando la ausencia de nuevas orientaciones en estos cuerpos consultivos. No es así; los años traen, con la natural evolución, el conocimiento justo de lo existente; aquel rancio sedimento que mantenía estas entidades, aparentemente, ha desaparecido. Hoy vivimos en modalidad actual, apreciando siempre el mérito de los que trabajan con fruto, sean cuales fueren sus tendencias. Generoso proceder académico que importa descubrir para bien de todos. Los académicos extranjeros conservan aún cierto intransigente aire de tradición; pero aquí en España no existen moldes restringidos. Se vive en la más absoluta liberalidad de criterio, propio de nuestro abolengo artístico, independiente, personal, como fué el genio de Goya.

Abiertas están las puertas para orear la casa. Las corrientes de aire puro llegan a substanciar nuestros trabajos.

Un ejemplar palpable ofrecemos hoy a la consideración de todos. Ahí está José Francés, crítico de arte moderno, Presidente de los Dibujantes y organizador de los importantísimos Salones de Humoristas. Y yo pregunto: ¿es que el humorismo está reñido con el espíritu académico? Si el humorista es de sana estirpe, si el dibujante humorista lo hace bien y conmueve con sus obras, ¿por qué no sumarle a la enorme familia del linaje artístico? Grande

como el espíritu humano, creador poderoso asemejado a la divinidad.

Atento a la costumbre establecida en estas sesiones, expondré los méritos del nuevo académico, esbozando un resumen de la manera más breve que me sea posible.

José Francés no ha cumplido aún cuarenta años, y lleva publicados más de cuarenta libros entre novelas, obras teatrales y crítica de arte.

La difusión hablada de su cultura fué tan extensa, que renuncio a la tarea de enumerar las conferencias dadas por el nuevo compañero. Unas fueron encargadas por el Estado; otras, por entidades particulares; todas llenas de elocuente amenidad y provechoso fruto.

Ha publicado El Año Artístico en ocho consecutivos volúmenes con láminas, considerando como honor nacional que esta obra, sin significación grande a primera vista por ser periódica, se ha traducido ya en idiomas extranjeros, sirviendo de texto en cátedras de arte contemporáneo en alguna Universidad de América. Estos libros serán siempre obras de consulta para eruditos de todas las épocas.

Ahora, después de dicho esto, aunque haya sido de una manera escueta, cerraré mis labios, para relatar por boca de otros las opiniones que ha merecido la labor del nuevo académico, y tendréis ocasión de apreciar que no son las transcritas sólo de autoridades literarias: las hay también de gente joven, ardorosa en sus comentarios, que expondré con tanto gusto como las de los consagrados, eminenciando así las ideas expuestas anteriormente sobre la libertad de tendencias. Todos los juicios encomiásticos dirigidos a la obra de José Francés harían excesivos los límites de este trabajo; por tanto, sólo recogeré algunos, eligiendo los que retratan al crítico con preferencia al literato, por estar más en consonancia con el tono de esta ceremonia.

Ventura García Calderón, el insigne escritor hispanoamericano, dice lo que sigue: «José Francés vive cada minuto intensamente para la fiesta de concebir. Pocos nos dan mejor la imagen de caldera a alta presión, de fuerza en marcha. Con igual acierto

escribe crónicas, críticas de arte, novelas, cuentos, comedias. Como Galdós, va elevando un monumento de libros. ¿Son treinta ya? Periodista de los raros, de los contados que concilian la profesión con el arte de buen decir y original pensar, logra tener talento cada día. Bastaría para consagrar a un escritor en todas partes. En España también; pero cuando se quiere tocar el aldabón de la reclame, no cuando se vive, como Francés, en una sede de arte serio. Muchos años necesitó para llegar; pero ha llegado. Con precaución, con recelo, los críticos importantes y los novelistas que encanecen, empiezan a confesar que hay en España un colega admirable y peligroso.»

Don Benito Pérez Galdós compendiaba en estas frases el juicio que le merecía nuestro compañero: «Ha de saberse que aprecio y admiro mucho a José Francés, a quien tengo por uno de nuestros más esclarecidos escritores, así en literatura como en arte.»

«El poeta—dijo en otra ocasión la Condesa de Pardo Bazán—asoma siempre detrás del humorista y el impresionista, cuya esencia de crítico de arte y apasionado de la pintura ha impregnado al novelador. Para fusionar tan diversas aptitudes y ejercicios es necesaria la tendencia general, evidentemente artística, que en Francés lo avasalla todo. No es la verdad, sino la belleza, lo que más le subyuga; y esto se nota igual en la colección de cuentos a que me refiero que en otras obras suyas por las cuales se ha ido definiendo su vibrante y fina personalidad.»

Su compañero de crítica Angel Vegue y Goldoni hace el siguiente elogio: «Miremos atrás y nos convenceremos del número y calidad de dibujantes e ilustradores lanzados al público por José Francés. Firmas indiscutibles hoy no han tenido otro medio de revelación, ni más apoyo en sus comienzos, que el prestado por tan ilustre escritor. Advertir un valor naciente y estimularlo para que no se malogre es condición de hombres generosos. Nadie, pues, de honrado sentir regateará a José Francés la generosidad, junta con un laudable afán de descubrir méritos y destacarlos de la masa anónima. Pocos, en tal respecto, le aventajarán.»

«Él ha mostrado—afirma Correa Calderón—a toda España y a

toda América los viejos maestros casi olvidados injustamente; ponderó los quilates de los maestros jóvenes y descubrió nombres nuevos, que triunfaron después. Lo mismo hizo con muchos artistas extranjeros, desconocidos aquí. Y, por fin, sus Salones de Humoristas. Él ha hecho nacer y progresar ese género de arte en España.» Cristóbal de Castro, en un elocuente estudio, afirma:

«El entusiasmo con que Francés acomete su obra de divulgación artística es sólo comparable a su gran éxito. Desde La Esfera es como el faro del arte español y como un proyector del arte universal. Las Exposiciones de Humoristas han conquistado en el país de las bailarinas y de los toreros, no sólo la curiosidad, sino la atención pública. El Año Artístico será, a través del tiempo, como los anales del actual renacimiento español. Es, por tanto, José Francés, contra lo que anunciaban sus primeros años de embriaguez frívola y disipación literaria, gracias a su gran capacidad de evolución, un talento seguro, metodizado, amplísimo, verdaderamente humanista del siglo xx.»

«Enamorado del arte—escribe Antonio de Hoyos—, incapaz de vivir de una sola curiosidad estética, hizo crítica, no al modo banal y sin fundamento, sino con un constante acrecentar de su cultura, muy grande ya. Esta crítica de arte ha marcado con su sello al novelista, que, quizá sin quererlo, muchas veces ve en pintor y aun en pintor se expresa algunas, empleando términos pictóricos, comparaciones y frases del argot de atelier.»

Hasta aquí son juicios de los demás; ahora estimo oportuno exponer el mío.

De todo lo referido se deduce que esa rica gala de vocaolos laudatorios, merecidísimos, los alcanzó Francés frecuentando el trato de los artistas. El espíritu prodigioso del literato mantuvo la plasticidad imaginativa; con alas de águila voló sobre las cumbres de la fantasía, avizorando perspectivas para sus producciones. Asimismo tintó su pluma en colores filtrados por los viejos maestros de la pintura. Por eso irisan el ambiente aún las frases diamantinas que acabáis de aplaudir en su discurso. Oración

vibrante, de calida emoción literaria, cuyo elogio es hallarla digna de su autor. Honra de escritores, gloria de artistas, y, desde ahora, una gloria más de la Academia.

En el discurso del nuevo compañero resplandece la belleza plástica, reflejando siempre el sentir del artista. Francés sabe esculpir con la palabra, y su cincel acerado recorta los giros que tallan la imagen, como el escultor el mármol.

Todo lo dicho por el nuevo académico es de alto valor literario, habiendo producido en mi espíritu una impresión tan honda que veré si puede reverberar con palabras.

Con el mismo poderoso tesón que la corteza se adhiere al árbol, así los recuerdos de la niñez se clavan en la mente del hombre. Volviendo los ojos a la infancia febril, vemos cómo en horas convalecientes acarician nuestras manos de cera un libro de estampas. ¡Oué dulce complacencia siente el niño al hojear el libro mientras la sangre recobra el vigor perdido! Aquel lejano recuerdo retoña al declinar la vida, y bendigo a mi madre que me dió a besar las estampas de su libro de rezos. Una remembranza atávica me hace ser niño en un momento de sueño dichoso. Las estampas del libro de hoy sugieren al artista tanta emoción como los cuentos de Perrault, ilustrados por Doré, produjeron al niño. Hoy goza mi espíritu admirando las páginas nuevas de un Libro de estampas. Imágenes preciosas, grabadas con corrección exquisita, estas estampas de hoy acarician el espíritu artístico del hombre. Son trasunto idealista del escultor desde que aparece sobre la tierra. El artista lucha con la forma hasta vencerla, y en su cerebro eficaz se fragua el pensamiento que dignifica y pone comentario a la línea.

Delectando docere ha mostrado Francés las estampas de su libro, y bien podemos asegurar que ofrecen conceptos de verdad eterna para los profesionales del arte. Esculpido en letras de oro quedará este ejemplario, como ley escrita para las futuras generaciones.

Levantemos el corazón a Dios, y así como los pajarillos reunidos en la fronda cantan al rayar el alba, del mismo modo hoy nuestras voces son de aurora. Pasó la noche de dolor llorando la desaparición de insignes compañeros.

Brotando están aún las lágrimas por aquellos amigos idos para siempre; pero..., joh ley de la Naturaleza!, así lo ordenas y dispones: Amanece un nuevo día. Un nuevo compañero viene a reforzar nuestro auge fervoroso hacia el arte. Gloria de renovación. Un soldado más vela las armas del combate en aras de nuestros sagrados ideales.

HE DICHO.

